

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

CI ASAMBLEA PLENARIA

Bogotá, D.C., 4 al 8 de julio de 2016

ALOCUCIÓN INAUGURAL DEL EXCELENTÍSIMO MONSEÑOR LUIS AUGUSTO CASTRO QUIROGA ARZOBISPO DE TUNJA PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

Eminentísimo Señor Cardenal Rubén Salazar Gómez arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia y Presidente del CELAM; Monseñor Ettore Balestrero, Nuncio Apostólico y en quien vemos la presencia del Santo Padre en nuestra patria; Monseñor Oscar Urbina Ortega Vicepresidente de la Conferencia Episcopal; Monseñor José Daniel Falla Robles Secretario General del Secretariado permanente; apreciados señores Arzobispos y Obispos; estimados sacerdotes y colaboradores del SPEC; Dirigentes del CELAM que nos acompañan; Monseñor Fadi Abou Chebel, Exarca Apostólico para los fieles de rito Maronita; Monseñor Hernán Salcedo Plazas, Vicario Regional en Colombia del Opus Dei; Presidente de CONACED; directivos de la Conferencia de religiosos de Colombia; representantes de los medios de comunicación.

Quiero saludar igualmente a las diversas regiones de Colombia. Saludo a la región amazónica con el 42% del territorio del país no muy poblada, de difícil acceso, uno de los escenarios más complicados del conflicto colombiano, pero llena de tesoros y de comunidades indígenas que luchan por sobrevivir. Saludo a la región andina con el 75% de la población del país, con su impulso industrial y con sus tres cordilleras que generan diversidad de climas. Saludo a la región caribe que alberga el 22% de la población del país, ubicada en ciudades muy atractivas, de mucho turismo, de veloz crecimiento y además, adornadas con el bello entorno de sus parques naturales. Saludo a la región

insular que comprende San Andrés y Providencia, paraíso colombiano en medio del mar caribe, de población ricamente pluricultural y otras islas pequeñas como la de Malpelo y Gorgona hogar de miles de especies de fauna y de flora. Saludo a la región de la Orinoquía conocida más como los llanos orientales con su empuje ganadero y agroindustrial y embellecida con sus impactantes paisajes naturales. Y saludo a la región Pacífica, tan rica de tradiciones ancestrales, de saberes, de música, de danza y de creencias, pero tan olvidada por el Estado, a pesar de su riqueza ecológica, minera, hidrográfica, forestal y de su gran biodiversidad.

Estuve en Cuba la semana antepasada, era mi noveno viaje de colaboración a la paz. Participé, como también el Señor Cardenal Rubén Salazar, en la emotiva ceremonia de la firma del cese al fuego y hostilidades, definitivo y bilateral. Esto es cuanto se llama popularmente hacer las paces, o sea, acabar con el conflicto, lo que quiere decir quitar un obstáculo grave como prerequisite para construir la paz. Por eso, este paso no es algo definitivo. El verdadero esfuerzo, el gran esfuerzo que debemos hacer todos, es el de la construcción de la paz, lo que hoy llamamos postconflicto o post-acuerdo. Sin embargo, muchos han confundido una etapa con la otra y le han exigido a la etapa que lleva al cese al fuego, exigencias que son propias de la otra etapa, la del postconflicto y concluyen diciendo que eso no sirve para nada. Pero quienes consideramos el desangre tan violento de este país en los últimos sesenta años, valoramos inmensamente el cese al fuego definitivo y nos aprestamos a entrar creativamente en la otra etapa, tiempo de reconstrucción y de creación de un país nuevo, guiados por las enseñanzas de Jesús.

LA PAZ DESDE EL EVANGELIO

Durante los primeros cuatro siglos del cristianismo, los evangelios fueron la base para desarrollar una teología de la paz, no solamente para fortalecer la vida espiritual, sino también para enfrentar los problemas y desafíos inherentes a la vida política.

En los días y años siguientes a la muerte de Jesús, los primeros cristianos, que también eran en su gran mayoría judíos de raza, tuvieron que lidiar constantemente con el problema de la construcción de una resistencia del pueblo judío contra la ocupación romana.

Los estudiosos del evangelio de Marcos consideran que este evangelio se

escribió un poco antes de la revuelta de los judíos en el año 66. Uno de los fines de este evangelio fue ofrecer a los cristianos una visión clara de la vida y de las enseñanzas de Jesús, para ayudarlos a tomar una decisión en contra de las presiones que recibían para que se uniesen a esa revuelta violenta.

El claro rechazo de la violencia por parte de Jesús, fue la inspiración de los cristianos para tomar la debida decisión. Ellos rechazaron participar en la revuelta violenta. Benedicto XVI nos recordaba, en su libro sobre Jesús de Nazaret, que Eusebio en sus escritos del 339, anotaba que antes de que empezara el cerco a Jerusalén, los cristianos habían emigrado a la ciudad de Pella (Pella), más allá del Jordán.

La forma no violenta de Jesús de responder al odio y a la violencia fue una norma para los cristianos y les ayudó a través de sus tribulaciones políticas. Igualmente les fue de ayuda el hecho de que Jesús no pedía arrepentimiento antes de perdonar. Él le dio la vuelta al orden vigente. Para él, primero estaba el perdón y luego, con frecuencia como un resultado, el arrepentimiento del perdonado. Zaqueo se sintió perdonado por Jesús y luego se arrepintió de todo el mal que había hecho. Primero está el poder del amor y luego viene el arrepentimiento y el cambio. Jesús sanaba a las personas, amándolas.

Cuando se habla de Dios deseoso de castigar y de vengarse, es la reacción humana proyectada sobre Él. Dios es siempre en sí mismo el Padre amable que acoge a los pecadores con un amor anticipado.

Todo esto aparece en el Jesús resucitado. No acusa a nadie, no castiga a nadie ni siquiera evoca las traiciones, los abandonos, las torturas, las infidelidades de casi todos. En cambio toda su respiración exhala paz y perdón. Esto no tiene ninguna lógica desde la política y la justicia del mundo. Pero la tiene completamente desde el evangelio de Jesús.

EL AMOR A LOS ENEMIGOS

Recordemos las palabras de Jesús: “Han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo les digo: Amen a sus enemigos y rueguen por los que los persiguen para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si aman a los que los aman, ¿Qué recompensa van a tener? ¿No hacen eso mismo

también los publicanos?” (Mt 5,43-46).

Dicen los estudiosos de la Biblia que estas palabras, que hacen parte de las afirmaciones duras de Jesús, están consideradas dentro de las que se suelen llamar “ipsísima verba Christi”, no palabras del evangelista ni creación de la iglesia primitiva sino palabras pronunciadas por el mismo Jesús. Con las mismas, él quería enfrentar las actitudes sectarias de su tiempo.

Con estas palabras, Jesús de ninguna manera daba a entender que no se tomase venganza contra los que hicieron sufrir, porque Dios supuestamente sería el encargado de la venganza y la cumpliría. La gente pensaba que le dejaba a Dios esos sentimientos y él ejecutaría la debida venganza. Pero no es así. El texto de Mateo es muy diferente. Presenta a Dios Padre enviando el sol y la lluvia sobre buenos y malos. No hay ningún rastro de venganza. Entonces, ¿por qué hay que perdonar a los enemigos? La razón es muy sencilla: Porque somos hijos del Padre celestial. Con razón, el Papa Benedicto XVI en el viernes santo del 2011 afirmó que el amor a los enemigos es el núcleo de la revolución cristiana.

LA POLÍTICA DE INCLUSIÓN EN JESÚS

A esta política de compasión se unía la otra de inclusión. Mientras que los fariseos deseaban una comunidad con límites claros, bien definidos, Jesús restablecía a los excluidos en la comunidad. Por ello, curaba a los leprosos y les indicaba que se presentasen ante el sacerdote para oficializar la curación. Si algunas tareas especiales como el pastoreo o la recolección de impuestos, hacía de sus autores impuros y excluidos, Jesús se asociaba con ellos. Inclusive comía con ellos, algo que molestaba mucho a los fariseos.

Jesús decía: “Sean perfectos como el Padre es perfecto”(Mt 5,48). Algunos biblistas llaman esta traducción desafortunada porque el término teleios tiene más sentido de incluyente, incondicional, no discriminante. El término se acerca más a compasión e inclusión sin límites, sin fronteras o a una universalidad gratuita de su amor. Lucas reconoce también que la única perfección es la misericordia: “Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

PROBLEMAS POLÍTICOS EN EL TIEMPO DE JESÚS

Es oportuno recordar que el mismo Jesús tuvo sus problemas de índole política muy delicados. El caso es que el pueblo de Israel, cien años después, conservaba aún muy viva la memoria de la ocupación de Roma en el año 63 antes de Cristo, dirigida por Antíoco IV quien saqueó a Jerusalén, profanó el templo y erigió una estatua de Zeus en el mismo. Judea se levantó en furiosa rebelión dirigida por la familia de Matatías y sus hijos. Judas Macabeo, uno de estos hijos, empezó una fuerte resistencia contra el enemigo, lo cual parecía un suicidio y resultó en cambio una exitosa victoria.

La memoria de esa victoria sobre un poder extranjero quedó muy viva en la memoria y en la conciencia colectiva de Israel. Lo que ellos esperaban, cuando hablaban de la venida del Mesías, era algo similar, un rey guerrero que destruyese a los enemigos de Israel. Para Jesús fue difícil quitar de la mente de los apóstoles la imagen del Mesías como de un guerrero, el concepto de liberación como equivalente al uso de la fuerza y de la venganza, y la idea de que un cambio exitoso exigía violencia.

En esa coyuntura, Judas el Galileo suscitó un levantamiento armado y atacó a la capital de Galilea, Séforis. El ejército romano de la región se tomó la ciudad, la incendió y a los dos mil más culpables los crucificó. Ciertamente Jesús supo de todo ello, como quiera que Nazaret estaba ubicada a sólo cuatro millas de Séforis. Ese clima de continua violencia en toda la región, así como el espiral de violencia en Jerusalén, le preocupaban a Jesús profundamente. Cómo hubiera querido él proteger y dar seguridad a su ciudad, como la gallina protege a sus pollitos bajo sus alas (Lc 13,34) y por eso exclamaba: “Oh Jerusalén, si sólo hubieras conocido hoy los caminos de la paz” (Lc 19,42). Jesús, su acción y su mensaje, eran considerados contraculturales. Pero el actuar de Jesús, con la fuerza del Espíritu, fue cuanto animó y guio a los cristianos en esos primeros siglos.

EL PERDÓN CRISTIANO Y LA PRÁCTICA DEL “MUCHO MÁS”

Otra enseñanza de Jesús que no podemos olvidar en estos tiempos de discusión sobre el proceso de paz es el perdón cristiano que rompe el espiral de la venganza que mueve a la violencia e introduce un acto de amor en la vida de quien ha sido víctima.

La llave para una nueva teología de la paz comprende el concepto y la práctica de perisón. Los evangelios fueron escritos en griego koiné, un estilo ordinario

y sencillo de la lengua griega. Perissón en ese griego significa “mucho más o en mayor medida”. Los discípulos están llamados a hacer más que lo que hacen los publicanos, más que lo que hacen los fariseos, más que lo que hacen los gentiles. Jesús llega a decir que aún los publicanos aman a sus hermanos, es decir, aquellos que están dentro de sus círculos de su amistad, tribu o familia. Inclusive los gentiles saludan y abrazan a sus hermanos. Todo eso es bueno, pero no tiene nada de excepcional. Pero mis discípulos, dirá Jesús, están llamados a algo que es más. Mis discípulos están llamados a ir más allá de lo ordinario, de lo mínimo, de lo usual. “Porque les digo que, si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos” (Mt 5,20).

Los discípulos de Jesús practican perissón (Jn 10,10) una rectitud desbordante que va mucho más allá de la que caracteriza a los escribas y a los fariseos (Mt 5,20) y que es posible con la gracia de Dios pues para Dios todo es posible (Mt 19,26).

Podemos pensar que ofrecer este actuar de Jesús a los colombianos que, en buena parte, alimentan sentimientos de ira, odio, deseo de venganza y otros instintos paralelos, es insensato. Pensamos que primero hay que ayudarlos a purificar el corazón de tanto sentimiento adverso y justificado en términos del derecho a la justicia retributiva, para luego hablarles de perdonar a los enemigos. Pero no es así que se nos pide proceder. El dejarnos guiar por los solos sentimientos, tan interesados y mudables, es algo muy frágil. Una joven que le preguntaba a su amiga si era verdad que había roto con su novio le respondió: “Sí, rompí con él porque mis sentimientos hacia Roberto cambiaron completamente”. “Entonces, le vas a devolver el anillo de oro que te regaló?” “No, porque mis sentimientos hacia el anillo no han cambiado nada”.

No es así como se nos pide proceder. Estamos llamados a ir más allá de los mudables sentimientos para hacer una **opción** que no es sentimiento, sino una decisión que se toma con todo el ser, cuerpo y alma, cerebro, corazón y gracia de Dios. Es una decisión doble. Por una parte, en lo más central de la cruz, está la decisión de Jesús de no permitir que el otro permanezca en su vida como un enemigo y ésta es la primera decisión a que estamos llamados nosotros; y la segunda, que fue también de Jesús, es abrir espacio en la propia vida al que hemos separado, excluido y alejado, por ser malo.

Nosotros, que fuimos enemigos, somos abrazados por las personas divinas

quienes nos aman con el mismo amor con el que ellas se aman y nos abren un espacio para nosotros dentro de su abrazo eterno.

LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y LA PAZ

A fines del primer siglo hasta el final del tercero, los ejemplos y las enseñanzas de Jesús fueron la guía de los cristianos cuando tuvieron que enfrentar el más grande desafío político como fue la violenta persecución de Roma contra ellos.

Su forma de vida heroica, el amor a los enemigos y la disponibilidad a sufrir por su fe, impresionaron profundamente a los pueblos del mundo antiguo. Su ejemplo fue gradualmente inspirando la conversión de las masas hacia el cristianismo. No lo hubieran logrado si el ejemplo dado hubiese sido el deseo justo de venganza, el responder con una violencia sacralizada y el de reclamar las penas más duras, como condición para poder perdonar.

El cristianismo creció porque los cristianos en comunidad siguieron al Jesús de la no violencia y del perdón en sus acciones diarias, con la misma fidelidad con que Jesús seguía el tema central de la tradición judía: “Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

DEL EVANGELIO A LA LEY NATURAL

Me he referido a la visión de Jesús que han vivido los discípulos en los primeros cuatro siglos. En los siguientes 16 siglos, desde San Agustín y San Ambrosio, y siguiendo la visión de los autores clásicos como Cicerón, la teología cristiana de la paz no se desarrolló sobre la base de los evangelios sino de la teoría de la ley natural. Así surgió la teoría de la guerra justa para definir cuándo una guerra debe ser considerada por los cristianos como justa y cuándo no.

La vida y las enseñanzas de Jesús sobre violencia y paz fueron relegadas al mundo privado, al campo puramente espiritual y consideradas irrelevantes cuando se trataba de los asuntos graves de guerra y de paz. En estos casos, la invitación a dar una respuesta cristiana frente a la violencia, fue silenciada.

DE LA LEY NATURAL AL EVANGELIO

Pero llegó el Concilio Ecuménico Vaticano II. En ese excepcional evento, se

volvió a hacer una invitación a la teología de la paz desde el evangelio, superando el pensamiento de la ley natural, expresado en la teoría de la guerra justa, que se había convertido en el eje central de la anterior teología de la paz.

Hasta entonces, el evangelio se utilizaba como un refuerzo de la ley natural como es el caso del texto clásico de Romanos 2,15 donde se habla de la ley escrita que tienen los gentiles en su corazón. Hay que decir también que esta visión era muy útil para poder entrar en respetuoso diálogo con los que no compartían nuestra fe.

Sin embargo, lo que el mundo necesita de nosotros los cristianos hoy no es tanto una teoría para debatir, por ejemplo, si una particular guerra está justificada o no, sino el testimonio del seguimiento de Jesús, su camino de la cruz, su amor a los enemigos, el perdón hasta setenta veces. Una teología de la paz basada en el Evangelio de Jesús enfatiza la acción, las prácticas para acabar con la guerra y construir la paz, promover el perdón y la reconciliación, denunciar las injusticias y promover la justicia y ello utilizando en forma capilar el poder de la no violencia y sus respectivas estrategias tanto a nivel nacional como diocesano y parroquial, sin descuidar la fuerza transnacional que tiene la Iglesia.

Así como somos activos y creativos cuando debemos luchar contra el aborto y promover la vida desde la concepción hasta la muerte natural, debemos serlo también para construir la paz con la inspiración de la vida, el mensaje de Jesús y la fuerza del Espíritu que nos ha sido dado. Esta es nuestra manera de hacer política y la debemos hacer.

Podemos tener la tentación de reducir la paz a la paz interior, espiritual, del corazón, que es tan fundamental para nosotros como Juan y Pablo nos lo enseñan. Es la paz de la que tenemos experiencia en el encuentro personal con Cristo. Tampoco podemos reducir la paz a la paz escatológica que hace parte de nuestra esperanza y que Isaías expresaba hablando del lobo y del cordero que están juntos (Is 11,6) y que el Apocalipsis nos anuncia como un estado sin lágrimas ni dolor, ni sufrimiento, ni muerte (Ap 21,4).

Ambas son muy importantes para nosotros pero no las podemos separar de la paz política, de esa por la que también estamos luchando cada día, la paz de una comunidad ordenada rectamente, que vive en la verdad, la caridad, la democracia, la libertad y la justicia ordenada al bien común. Es una

construcción que no tiene punto de llegada porque los seres humanos cambiamos continuamente y las relaciones sociales también, así que pide dedicación cada día para que no sea deformada, riesgo real que ya el profeta Ezequiel advertía denunciando a los que engañaban al pueblo clamando que hay paz donde no hay paz;(Ez 13,10) o que el historiador Tácito nos hacía conocer tomando las palabras de un jefe que amargamente decía de los romanos conquistadores: “Reducen todo a un desierto y a eso lo llaman paz”. También el Concilio (G.S 81) denunciaba esta deformación de la paz cuando se refería a un cierto tipo de paz que no es otra cosa que equilibrio de las armas en medio de una amenaza nuclear.

Para la conciencia de la mayoría de los seres humanos especialmente no creyentes pero no sólo, un Dios que no está presente en la vida política está muerto, porque es en este campo donde hoy se toman las graves decisiones de la vida y de la muerte. Pero la cuestión es si nuestras opciones políticas son puras políticas partidistas o si son políticas claramente fieles al evangelio de Jesús.

El Jesús no violento nos llama a un discipulado que va más allá de una moral tímida, de un psicologismo para el beneficio puramente personal o de una espiritualidad muy privada, hacia la activa promoción de acciones de paz que amplíen nuestros espíritus y nuestros horizontes, para servir eficazmente al ser humano real, concreto y auténtico y especialmente al ser humano sufrido, ultrajado, víctima o victimario en necesidad de liberación, empobrecido, despojado o exiliado.

Nos preguntamos: Si nos hacemos un examen a la luz del evangelio ¿seremos promovidos o reprobados?

¿Cómo nos iría ante la pregunta de si amamos a nuestros enemigos y promovemos ese amor?

¿Cómo nos iría si se nos pregunta si en el fondo del corazón hay espacio para la no violencia sin excepciones o si aceptamos la violencia para acabar con los malos?

¿Cómo nos iría ante la pregunta de si nuestras opciones de paz están orientadas más por una visión partidista que por una visión de evangelio?

¿Cómo nos iría si se nos pregunta si hacemos más, según el más del evangelio, o nos limitamos a reaccionar a la par que todos los demás?

Esta reflexión sobre la paz y el Espíritu de Jesús nos ayuden para tomar las debidas decisiones en nuestra Asamblea, en este momento histórico de la vida del país y de la Iglesia.

La construcción de la paz significa hacer de este país una casa nueva donde las diversas habitaciones pongan claramente de manifiesto la novedad. La política que muestre la inclusión más que la exclusión que generó la guerra, que la economía muestre lo nuevo de la solidaridad que brilla por su ausencia; que la educación tan centrada en la cabeza también considere los derechos del corazón, etc. Especialmente hay que considerar los cimientos de esta nueva casa que considero sean tres: El ético y que asegure una lucha contra la corrupción, el espiritual que favorezca el perdón, la reconciliación y la misericordia y el cultural que promueva la cultura de la vida, de los derechos humanos, del valor del otro y le dé un golpe eficaz a la cultura que pide sacrificar seres humanos. La novedad cultural es un avanzar por el sendero de la civilización del amor.

Invito a toda la iglesia de Colombia a que sea vigía de la novedad del postconflicto o post-acuerdo tanto a nivel nacional y regional, como de provincia y de diócesis. Se trata de constituirse en un gran observatorio de paz, pero para observar lo nuevo de la paz, lo que en realidad nos hace dejar atrás lo malo de la guerra y lo feo de la indiferencia.

He saludado a cada una de las regiones porque la paz real hay que construirla en sintonía con la cultura, la historia, la situación actual y el tipo de conflicto de cada una de ellas.

Comprometernos, como obispos y como provincias eclesiásticas, con la paz regional, es una tarea que no podemos eludir. Por ello, enfatizaremos este desafío en la presente asamblea.

Termino refiriéndome a algunos puntos específicos.

1. Se ha hablado mucho de los niños que serán sacados de las filas de las FARC. El asunto no se arregla simplemente con entregarlos a las familias. Allí donde haya un niño en esta condición, es necesario que como Iglesia lo

ayudemos en forma muy personalizada, con amistad y acogida para que, especialmente si entró en la guerra cuando era muy niño y no se había formado en su conciencia el valor de la vida ajena, lo empiece a vivir, humanizándose como se debe y retomando sus valores cristianos y la guía de la fe que le ayuden a ser un ciudadano positivo y respetuoso de los derechos humanos y practique el amor al prójimo.

2. He notado que hay mucha gente furiosa porque, aún sin estar en contra, no entiende el asunto del proceso de paz. Solicitamos al Señor Presidente de la República que no pierda esta oportunidad para la paz, generando una pedagogía adecuada que la tienen sí, dirigida a las élites superiores pero no para introducir en la comprensión del proceso a la gente sencilla. Esta gente se siente perpleja y se hace preguntas tan existenciales como: “¿La firma de este acuerdo nos ayudará o nos perjudicará, a mi familia y a mí?” ¿Si la zona de concentración de exguerrilleros queda cerca de mi casa, estamos en peligro? ¿Es o no es una impunidad total lo que se está firmando?

3. El ELN nos ha pedido que participemos en los diálogos y luego de solicitar el debido permiso al comisionado de paz y al Presidente de la República, quienes gustosos acogieron la iniciativa, nombré una comisión de obispos de los más cercanos a la problemática de este grupo rebelde, para que, alternándose, participen, no como negociadores sino sencillamente con una presencia de apoyo y con sentido eclesial que motive a buscar en el diálogo los caminos de la paz y del progreso.

Hablando de progreso, tenemos que reconocer que nuestro país tiene una gran vocación agrícola. Pero los agricultores han estado en grandes dificultades como lo hicieron notar en el paro del mes pasado. Ese paro agrario sirvió para que campesinos y gobierno retomaran los compromisos firmados en el 2013 y que no habían sido cumplidos en su totalidad. Expreso en siete palabras (que empiezan por C) la problemática del campo para que nos ayuden al tomar en consideración la realidad agraria de nuestras provincias y diócesis.

1. Comercio interior: que deja ver la enorme diferencia entre lo poco que recibe el campesino por su trabajo y lo elevado de los precios en el mercado. Comercio exterior: que manifiesta las graves deficiencias en las firmas de los diversos TLCs que parecieran ser muy útiles para muchas personas y naciones pero no para el mundo campesino que se enfrenta a una competencia muy desigual.

2. Costos: Derivados de los precios a veces inalcanzables de los insumos, remedios y demás productos requeridos en la agricultura y el agricultor.
3. Calidad: El campo debe dar un salto de calidad en cuanto a la producción y por ello se requiere intensificar la formación del campesino, la investigación en nuevos productos y la reducción drástica de los químicos para llegar a una agricultura limpia.
4. Contrabando: Es uno de los peores enemigos del campesino y no se ha podido controlar. El contrabando entra por los cuatro costados. Hay un problema de fronteras. El ingreso por Perú y Ecuador de productos del campo en forma de contrabando es enorme y a precios mucho más moderados, lo cual desvirtúa el valor de los productos locales.
5. Combustible: El aumento continuo del combustible hace que para el campesino sea cada vez más difícil financiar el transporte de los productos a los centros de mercadeo.
6. Certificación: Las propiedades del campesino no tienen, con frecuencia, documentos claros para que puedan ser certificadas como heredadas, compradas o arrendadas, y poder así hacer negocios, tener facilidad de créditos, etc. En situaciones de minifundio, el conseguir la escritura de la propiedad tiene con frecuencia un valor mucho más alto que la misma propiedad. Por ello, se requiere la intervención del Estado para ayudar al campesino a asegurar su propiedad y su debida clasificación.
7. Cumplimiento. Ha sido el factor detonante de los paros. Mientras que el gobierno asegura haber cumplido con todo, los campesinos insisten en que no se les ha cumplido. Las salvaguardas a la importación y la compensación por los daños de los TLCs son un ejemplo de acuerdos no bien cumplidos. Tal vez hay fallas de parte y parte y hay a veces puntos difíciles de concretar como por ejemplo el de modificar los TLCs por su carácter internacional.

Mi última observación no por ser la última es menos importante. Ha tenido lugar el décimo primer encuentro nacional misionero en Bucaramanga. Agradecemos la presencia del Cardenal Fernando Filoni, el Prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos. Estaban presentes los once obispos Vicarios Apostólicos cuya tarea abarca el 53% del territorio

nacional, el más pobre, el más marginado, el de menos presencia del Estado, el más carente de fuerzas apostólicas. El Cardenal nos recordó que estamos llamados a despertar el espíritu misionero para salir de nuestras diócesis en ayuda concreta a estos Vicariatos. Es necesario que podamos idear acuerdos entre diócesis o provincias eclesiásticas con los Vicariatos para apoyarlos con personal sacerdotal y con recursos pastorales. El gran llamado de este Congreso a nosotros pastores de las diócesis y arquidiócesis fue a una gran ayuda intranacional, sin que descuidemos nuestra ayuda a la Iglesia universal.

Anhelo que el pensum nuevo para los seminarios incluya una clara formación misionera universal pues sólo así podemos dar un salto de calidad en nuestro compromiso misionero y ser una iglesia en salida más allá de las fronteras diocesanas y nacionales, como nos lo pide el Papa Francisco. He compendiado por ello su visión misionera, en un trabajo sencillo que entregaré gustoso a cada uno de ustedes.

Que la misericordia del Padre, que tan en alto queremos poner en este año, sea nuestra luz y nuestro guía para ser verdaderos testigos de la misericordia, en este contexto que es a la vez de aversión a la guerra y de trabajo por la paz.

Dios bendiga a nuestro país, y nos ilumine a cada uno de nosotros, pastores de Colombia para que en este encuentro nos forjemos convicciones comunes y logremos benéficos consensos para el bien de la Iglesia y del país.

+ Luis Augusto Castro Quiroga
Arzobispo de Tunja
Presidente de la Conferencia episcopal